

Canonización real e invención novelesca: una biografía novohispana de San Juan de la Cruz.

María Dolores Bravo Arriaga

En la época colonial la fiesta pública es el momento en que el individuo manifieste su sensibilidad privada. El criollo expresa su emoción y su inspiración intimista en poemas, narraciones y relaciones en prosa, organizados por la singular teocracia ideológica que es el estado novohispano. Entre las festividades instituidas por el poder destacan las procesiones de rogativas por agua a la Virgen de los Remedios, y las celebradas para que las lluvias cesen, en las que la petición se hace a su rival, la criolla, la imagen de Guadalupe, reina de las advocaciones marianas en la Nueva España. También son motivo de fiesta los impresionantes Autos de Fe, en los que se fortalece igualmente a la ortodoxia católica y a la monarquía española. Las inauguraciones de templos incitan a los "Mexicanos Cisnes" a desplegar todas sus habilidades versificadoras para celebrar las nuevas fábricas. Sin embargo, de entre todos estos actos, sobresalen las canonizaciones de Santos, ocasiones en verdad grandiosas y espectaculares; auténticos rituales de los valores colectivos que sostienen a la cultura oficial. En la ciudad de México resaltan en el siglo xvii las apoteósicas y significativas fiestas para canonizar a Rosa de Santa María, mejor conocida como Santa Rosa de Lima, primera santa americana, fragancia orgullosa de la orden dominicana. Tampoco es fácil olvidar el "Festivo Aparato" que se construyó para celebrar al Marqués de Lombay, como a Grande del Cielo. Así, en 1672 Inocencio x nombra como nuevo santo jesuita a San Francisco de Borja, tercer provincial a quien se debe en 1572, la instauración de la milicia de Loyola en la Nueva España.

En 1729 la imperial ciudad de México celebra la canonización que el pontífice Benedicto xiii hace del "Querúbico Monstruo" San Juan de la Cruz. Han debido transcurrir más de cien años para que el compañero de la "Mística Doctora", su cabeza trocada para reformar no sólo el instituto del Carmelo, sino la interioridad espiritual surgida de la corriente más sincera de la Reforma católica, llegue a santo. Los grandes escritores e intelectuales mexicanos de la época participan bien como autores, relatores, secretarios, censores etc. Así, vemos entre algunos nombres a José Ignacio de Castorena y Ursúa, el admirador que labra la *Fama Póstuma* de la más grande figura de las letras coloniales. También figura Eguiarra y Egurén, desmitificador de la incapacidad intelectual de los criollos afirmada por el tonto y prejuiciado Deán de Alicante. Con la participación de éstos y otros más de entre

los ingenios dieciochescos, se publica un monumental e interesantísimo volumen que recoge los textos de las fiestas celebradas en México y en Puebla. El libro todo, que consta de más de 700 folios, lleva el enigmático y rebuscado nombre de; *El segundo / Quince de Enero / De la Corte Mexican / solemnnes Fiestas / Que a la Canonización / Del Mystico Doctor / San Juan de la Cruz / celebró / La Provincia de San Alberto / De Carmelitas Descalzos / De esta Nueva España (lo dedcan) a los Provinciales y Difinidores D. Joaquín Ignacio Ximenez de Bonilla {y otros}*. En México por Joseph Bernardo de Hogal, Año de 1730.

Al leer la explicación del título uno se entera del énfasis que el hombre barroco pone en la significación de los contrastes y las paradojas. El impreso se titula así con el afán de reivindicar otro quince de enero, este nefasto, en el cual en 1624 las dos máximas jerarquías, el arzobispo Pérez de la Serna y el virrey conde de Gelves dieron un muy poco edificante ejemplo de lucha de poder. Este quince de enero, el segundo, por el contrario, está señalado por el júbilo de una gran celebración. El magno suceso y la relación pormenorizada de todos los acontecimientos festivos y literarios van precedidos por una ceñida y bien escrita biografía del santo carmelita. El propósito de colocar este texto al inicio es que los lectores se familiaricen con tan portentoso personaje. El texto se intitula *Breve Epitome De La Vida / Del Mystico Doctor / San Juan de la Cruz*. Lo escribe uno de los tres autores —nunca se especifica quién— de toda la prolija relación. Se advierte que es una síntesis sacada de tres extensas biografías.

En este breve trabajo quisiéramos referirnos a algunos aspectos que el escrito comparte con los relatos novelescos, elementos que, por otro lado, tiene la narración hagiográfica. La gran cantidad de autores que abundan en los siglo xvii y xviii demuestran, entre otras cuestiones, la atracción ficcional y la catártica emoción que las aventuras de estos héroes a lo divino ejercían en un público lector que veían en aquéllos a protagonistas escapados de relatos novelescos. Podemos aventurar que la narración hagiográfica tal como se cultiva en la Nueva España, se nutre de las *Flos Sanctorum*, medievales y de libros ya clásicos como la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine, verdadera obra maestra del género. La otra gran veta para estos escritores es el relato novelesco, que, como es bien sabido —y sólo desde el punto de vista oficial— se cultivó escasamente en estas tierras. Así, el *Breve Epitome...* toma algunos procedimientos discursivos que provienen de los textos novelescos. También menudean, con ajustada retórica, los lineamientos de la narración hagiográfica, que, finalmente, es la narración de una vida en el tiempo y en el espacio; la historia de un protagonismo edificante que en las aventuras adversas guarda su mayor ejemplaridad. El texto en verdad es breve, pues consta sólo de cuarenta folios recto y vuelta y se estructura en diez capítulos.

Como es tradicional, la narración guarda una progresión cronológica y en los primeros capítulos se nos habló del origen, patria, linaje, padres, etc, rasgos que, como sabemos, comparten los héroes de las novelas picarescas y de las de caballerías. De la narración hagiográfica toma los trazos esenciales del heroísmo santo: a) el héroe como un elegido prodigioso, y de las señales que lo designan como ungido del Señor b) El protagonismo central del personaje, alrededor del cual giran los demás. En este texto vemos que la Santa de Avila si bien no tiene

la misma importancia que San Juan, sí comparte con él gran parte de las aventuras narradas; los dos son los creadores de la Reforma de la orden, que es para la iglesia la principal tarea que emprenden. Así, el verbo conjugado, “reformular” y los sujetos: Santa Teresa y San Juan, emocionan al lector con pasajes como éste que recuerda cómo se arma a un caballero:

{Santa Teresa} le cosió el abito[...]que era angosto y de sayal grosero y desnudos los pies ofreció al mundo la imagen del primer carmelita descalzo a los primeros dias de octubre del 568.(Breve...: (6).

Se hace hincapié en la descalcez como símbolo histórico de la nueva orden (o de la reformada) del presagio de lucha y de santidad de sus creadores como formadores de la espiritualidad española. De sus experiencias compartidas se cuenta este extraordinario episodio:

Y fue que hablando el Santo Padre con la Santa Madre de las cosas eternas como solían y en caminando la plática al misterio de la Santísima Trinidad, estando ella de la parte del locutorio y el de la de afuera, tanto se encendió en la declaración de Misterio tan inefable, que dejando suspensa a la Seráfica Virgen, y en sabroso éxtasis, él, llevando la silla tras sí, se quedó en el aire arrebatado, con pasmo de una religiosa que fue testigo de tan admirable espectáculo. (Breve Epítome: (8).

Otra característica primordial de la narración hagiográfica es cómo el biografiado lleva en lo más profundo de sí las virtudes inherentes a la santidad: castidad, humildad, pobreza. A más de las virtudes emblemáticas San Juan posee los Dones, cualidades con las que Dios señala y designa a sus elegidos. Estos signos interiores se templan en las pruebas más duras: enemigos, prisión, enfermedades, etc. Así, la biografía recorre diversos niveles de acercamiento al personaje: el anecdótico, el espiritual, el teológico, el histórico, etc. Naturalmente que uno de los aspectos que resaltan de San Juan es el de su esencia mística, iluminada, inefable. El autor se contagia miméticamente y logra expresiones en verdad felices. Cuando se habla de sus raptos, de sus trances, de su hermética e impenetrable intimidad con Dios se dice:

Al fin allí a sus anchuras se abrazó con la estrechez midió con las noches la vigiliás, contó con suspiros tiernos las estrellas, y rompió a violencia de rigores los Cielos. (Breve Epítome: (7).

Tanta es su elevación y su desprecio por lo corpóreo y material que la Doctora Mística exclama: “no se puede hablar de Dios con el padre Juan de la Cruz, porque luego se traspone y hace trasponer” (22). El autor capta tan bien su —lejanía— del mundo para enajenarse en su Amado, que señala lo siguiente:

Moviale todo esto [su pobreza y renuncia la mundo] de la suma desnudez de espíritu tan desembarazado que a cosa criada nunca tuvo afición porque solo Dios era su posesión. (Breve Epítome: (17).

Todo Santo es finalmente un medio para establecer una lucha teológica entre Bien y Mal, de ahí, pues su proximidad y a la vez su lucha encarnizada o más bien espiritualizada contra el Demonio. San Juan ejerce un poderoso dominio sobre las criaturas del Mal, tanto, que para agregar triunfos a su héroe el autor dice ingenuamente: “[los Demonios] apremiados con conjuros varias ocasiones han afirmado que el Santo que más guerra les hace hoy en el cielo es el carmelita descalzo Juan de la Cruz”.(23)

Los capítulos finales se refieren a la enfermedad y a los últimos días de vida terrena de este espíritu excepcional. Es sabido que su penosa enfermedad le había ocasionado llagas en todo el cuerpo y que de ellas salía podre. El autor, que es un indudable buen narrador y que sabe seleccionar y adecuar el lenguaje a las situaciones y crear suspenso y emociones viscerales narra el siguiente pasaje:

Pero sobre todo, lo que más manifiesta la virtud y fragancia de esta podre es que encontrando una entera escudilla della un religioso, no sabiendo lo que era la probó y saboreado del gusto la acabó toda, y aunque supo después lo que era, no le pesó ni asqueó por averla bebido. Breve: 32.

Este pasaje, entre escatológico y sublime, muestra mejor que reiteradas insistencias, el “olor a fragancia y a santidad” que exhalaban las heridas purulentas de San Juan.

El capítulo que epiloga la vida del Santo es el referente a los Milagros que hace después de muerto “y al culto que goza de la Iglesia”. Como es lógico suponer, el innato don narrativo que tiene el escritor se da vuelo con los prodigios, en los que la hipérbole barroca se magnifica a sí misma. Se cuentan muchos fantásticos milagros, pero el prodigio exclusivo del Santo, como dice el autor para captar la atención, “no visto ni leído de otro Santo es que se aparece en las reliquias de su carne bendita”. No sólo aparece la imagen del Santo, sino la de la Virgen, la de la Magdalena o de Dios crucificado.

Al concluir la vida de San Juan sigue la Relación de las fiestas que la Corte Mexicana le tributó. Antes de iniciar la lectura del otro texto al lector le queda el buen sabor de un sabrosísimo relato biográfico, de un magnífico ejemplo de lo que podríamos llamar “la aventura novelesca a lo divino”.